

RELATOS SIN FRONTERAS

Jesús Ayet

Con un cierto retraso -lo cual es indiferente- nos llega el volumen de relatos cortos de Antonio Pereira, autor que se encuentra en uno de sus mejores momentos y en plena edición y reedición de sus obras. Tras éste que ahora vamos a comentar, el autor ha publicado la antología *Me gusta contar* (que comentamos en el anterior número de *La estafeta literaria*, el 9- 10) y están en librerías la redición revisada de su novela *País de los Losadas* (Espasa-Bolsillo, Madrid, 1999) y el volumen de cuentos escritos durante los años cincuenta (que contiene *Una ventana a la carretera* y «Otros cuentos de entonces») y que publica bajo el título de *Cuentos de medio siglo* (Espasa-Bolsillo, Madrid, 1999).

Relatos sin fronteras, junto a los anteriores, nos ofrece un panorama completo de las capacidades creativas (narrativas, literarias) de Antonio Pereira. Comienza con unas «Confesiones del autor» (pp. 7-9) en las que él mismo nos presenta algunos de los relatos del volumen, amparándose en lecturas de Ramón Gómez de la Serna y, luego, de Borges. Los primeros cuentos son «Palabras, palabras para una rusa» y «Así empezó Lourido», que junto a «Las cordobesas sueñan con el Danubio» y «Teoría y práctica de las islas» son textos ya conocidos por nuestros lectores.

«El sedentario» (pp. 27-30) nos introduce en el ambiente cerrado del mundo de los hombres solos, de los solteros (solterones, acaso) y sus celebraciones, no por conocido menos falto de sorpresas. El protagonista, uno de ellos, es ejemplo de ingenio y de solidaridad. El narrador lo caracteriza con rápidas pinceladas, gracias a esa capacidad de síntesis verbal propia del autor, como alguien con capacidad para escuchar (escuchar a los demás como medio de escucharse a sí mismo).

A esa capacidad de escucha se añade la de beber y «conocer», el vino, de donde surge el hilo de la anécdota final, que se aprovecha, inesperada, sorpresivamente, para una crítica humorística llena de gracia, a este mundo «armoniosamente» y masculinamente descrito. El final del cuento alude a uno de los motivos clave del narrador: el tema del viaje a los lugares extraños, exóticos, lejanísimos a veces, que claramente trasluce un viaje siempre iniciático, proceso de conocimiento, y por tanto, de enriquecimiento interior.

«La aventura» (pp. 39-51), pues, está en esta línea viajera, con un protagonista que se llega a encontrar en situación casi kafkiana, pero que a pesar de las circunstancias tan contrarias (es decir, las «contrariedades» que se le oponen) no muestra en ningún momento el mínimo arrepentimiento de su aventura y se muestra plenamente confiado en su destino. El ambiente de nocturnidad, de peligro, y el recurso al diálogo con el desconocido, enriquecen este relato sobre el peligro, sobre la religión, sobre las estrellas.

Contrasta con él el siguiente cuento, «Principio de una historia» (pp. 53-58), que nos devuelve a una realidad más cotidiana, más cercana. Al ambiente abierto del anterior, en éste la historia transcurre en el sitio cerrado de un piso, donde da comienzo la historia; el comienzo, claro, es lo que importa: el resto de la historia ya es muy fácil de imaginar. Se relata, pues, el primer encuentro. La descripción del personaje femenino, con su repentina aparición (p. 55) es magnífica. El entrecortado diálogo contribuye al aire fragmentario del texto.

Sigue uno de los mejores de Antonio Pereira, con cierto paralelismo, por cierto, al anterior, pero de mucha mayor transcendencia: «El oculista» (pp. 59-67). El personaje retratado, con pinceladas narrativas de una efectividad asombrosa, resulta enternecedor: frente a su capacidad vital para conformarse un modelo de vida basado en la sobriedad, el trabajo, la honradez, el buen hacer y el excelente comportamiento moral, su «derrumbe» tras la contemplación de la belleza, la perfección, apreciada inesperada, sorpresiva, subjetivamente (que es como se aprecia la belleza y la perfección) resulta aleccionadora.

El aviso de Antonio Pereira queda claro: conviene estar prevenidos ante el incierto destino, por bien moldeado e incluso monótono que éste nos parezca. El humor con que se impregna el texto no pasa nunca desapercibido. A veces emerge jocosamente convirtiéndose en ingrediente fundamental, como ocurre en «La embajada toscana» (pp. 69-74) y en «La guerra sucia» (pp. 75-77), que continúan además la más cortante ironía del autor sobre este mundo que nos rodea, sus personajes estrafalarios (el cura experto en automóviles, en aquél) y situaciones (la guerra contra la basura, en éste).

Sigue «El rebujo» (pp. 79-80), un corto texto que mezcla el diálogo con el monólogo interior, en un alarde técnico muy bien controlado, para dar paso a otra de las joyas narrativas del volumen: «Obdulia, un cuento cruel» (pp. 81-86). En él los personajes femeninos (Obdulia, la tía moribunda; la abuela, «erguida y autoritaria», p. 83) vistos por el joven narrador, a través del recuerdo, provocan una situación de impresionante ternura e incluso crudeza ante la muerte.

La tensión (casi hipertensión) que provoca el texto en el lector se relaja, menos mal, con «El espejo» (pp. 87-89), una graciosa reinterpretación del viaje al Parnaso de los poetas de provincias. «Una semana y un día» (pp. 91-98), organizado en cinco magníficos «actos», con su protagonista escritor y su estupenda venganza final, es también otro de los mejores del volumen, junto al conocido de «El tío candela» (pp. 99-102) que también se publica en Cuentos de medio siglo.

En «Casa de niñas en Acapulco» (pp.111-117) el autor consigue un delicioso relato de contrapunto entre la realidad del presente y el recuerdo de los tiempos pasados, impregnado del sentimiento, propio en los relatos de Pereira, de extranjería, de ser forastero en cualquier parte, de sentirse desolado y triste, abandonado incluso, a excepción de lo que nos constituye: los recuerdos. La frontera entre lo vivido y lo recordado es la única posible, e incluso a veces ésta se diluye. Nuestras ansiedades, nuestros deseos, a veces sólo alcanzan su verdadera realización en el mundo de los sueños, el cual no tiene límites.